

**La retórica de la peste, la metáfora de la guerra:
los usos del lenguaje neoliberal¹**

Marcela Rivera Hutinel²
(marcela.rivera@umce.cl)

Presentación del 10 de noviembre, 2020

DOI: 10.5281/zenodo.4437623

Resumen:

Exposición realizada por la Doctora en Filosofía Marcela Rivera Hutinel, en el ciclo de conversaciones “Crítica a la Epidemiología Política. Prácticas y racionalidad neoliberales en tiempos de pandemia”, organizado por el equipo editorial de la Revista de Filosofía Otro siglo, octubre – diciembre 2020. Disponible en Youtube, canal Revista Otro siglo.

Palabras clave: Crítica - Epidemiología - Política - Lengua - Capitaloceno - Guerra

Abstract:

Lecture by Marcela Rivrea Hutinel, Ph. D., in the cycle of conversations “Criticism to the Political Epidemiology. Neoliberal practices and rationality in times of pandemics”, event organized by the editorial team of the Philosophy Magazine Otro siglo, october – december 2020. Available on Youtube, channel Revista Otro siglo.

Keywords: Criticism - Epidemiology - Politic - Lenguaje - Capitaloceno - War

¹ El presente texto conserva el carácter oral y tentativo de las reflexiones que fueron compartidas el 20 de noviembre de 2020 en el Ciclo de encuentros organizado por el equipo de la Revista Otro Siglo: *Crítica a la epidemiología política. Prácticas y racionalidad neoliberales en tiempos de pandemia*. Vuelvo a agradecer la invitación a pensar y pensarnos que este Centro de Escritura y Pensamiento nos ofrece.

² Doctora en Filosofía, académica de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

“La recomposición del vocabulario es una premisa fundamental para volver inteligible un principio nuevo de enlace no solo de las palabras y de las cosas, sino también entre las cosas y el dinero”.
Diego Sztulwark. “El virus, la filosofía y el Estado fuerte”.

Antes de ingresar propiamente a la propuesta de mi presentación, quisiera partir con algunas consideraciones sobre el título del ciclo de encuentros organizado por el equipo de la Revista Otro Siglo: *Crítica a la epidemiología política. Prácticas y racionalidad neoliberalas en tiempos de pandemia*. Lo hago con el propósito de activar algunas reflexiones, que espero luego nos permitan abrir la pregunta por el lenguaje, por la cuestión de sus usos en el discurso neoliberal. Solo adelanto una conjetura: pienso que del mismo modo que Paul Celan, poeta alemán, agudo pensador del lenguaje, advertía que el nazismo deja su marca, su herida en la lengua (“El lenguaje [...] debió pasar por las mil tinieblas de la palabra que trae la muerte”, afirma en el *Discurso de Bremen* [1993: 117]), habría que sospechar que el neoliberalismo también nos tiende su propio diccionario mortífero. Es esta la pista que quisiera seguir: la “[d]el cauce del decir atrapado por empresa”, como advierte un verso de Emma Villazón, de su libro *Temporarias*. Solo señalaré una ruta que nos dispone a pensar, de modo radical, el vínculo entre lenguaje y violencia. En este caso particular, intentaremos visualizar la forma en que las palabras son puestas a trabajar, como “temporarias”, al servicio de las fuerzas extractivistas del capitalismo financiero. Entonces, al hablar de lenguaje neoliberal, no podremos pensar simplemente en el discurso que acompaña, como una música de fondo, las políticas neoliberales. Ese lenguaje que llamamos neoliberal, me parece, debe ser pensado como parte integrante de estas políticas, entendiéndolo como una dimensión que opera de modo inherente al fetichismo de las relaciones capitalistas de producción, en las que Marx concentró su crítica a la economía política.

El problema de los usos de la lengua neoliberal puede rastrearse en un libro de Alain Birh, publicado el 2007. Este sociólogo francés, uno de los cofundadores de la revista *Contracorriente*, titula su libro: *La neolengua neoliberal: la retórica del fetichismo capitalista*. El objetivo del libro es establecer en qué sentido, en qué medida y por qué razones el discurso neoliberal responde a la categoría orwelliana de *neo lengua*. Es Orwell el que acuña el término de *neolengua* en su novela de política-ficción, 1984. Allí nos da a ver, a través de lo que el nombra neolengua, la lengua oficial de *Oceanía*, cómo el poder se establece y se mantiene siempre a través del control que el

ejerce sobre el lenguaje, sobre la capacidad de imponer el uso de ciertas palabras o de ciertas expresiones, prohibiendo el uso de otros. Al punto que la creación de un nuevo lenguaje será siempre el indicio de la conformación de un nuevo régimen de poder. Parece de perogrullo advertirlo, pero no hay inocencia en las palabras: cada una vehicula múltiples pensamientos, ideas hechas o presupuestos sutiles. Cada palabra alberga un acto en potencia. Es decir que, a través de las palabras, son comportamientos, disposiciones y actitudes las que nacen, las cuerdas de la prescripción y de la proscripción las que se tensan.

Son tres los slogans que rigen el mundo que retrata Orwell: “La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza”. Un colega del protagonista de la novela, Winston Smith, expresa así el propósito que se trama a estas afirmaciones. Syme, ese es su nombre, refiere en estos términos lo que se juega en el empobrecimiento de la lengua:

“No sientes la belleza de la destrucción de las palabras. ¿No sabes que la neolengua es el único idioma del mundo cuyo vocabulario disminuye cada día? Winston no lo sabía, naturalmente sonrió -creía hacerlo agradablemente- porque no se fiaba de hablar. Syme comió otro bocado del pan negro, lo masticó un poco y siguió:
- ¿No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final, acabamos haciendo imposible todo crimen del pensamiento. En efecto, ¿cómo puede haber criminal si cada concepto se expresa claramente con una sola palabra, una palabra cuyo significado esté decidido rigurosamente y con todos sus significados secundarios eliminados y olvidados para siempre?”

La imagen es aplastante. El propósito de la neolengua es volver imposible el crimen del pensamiento, disminuyendo las palabras que puedan portarlo. En el anexo de la novela, Orwell publica un apéndice que explica los principios de la neolengua. Se esperaba erradicar con ella todo pensamiento herético, que todo pensamiento divergente fuera literalmente impensable, “al menos en tanto que el pensamiento depende de las palabras...” Volver imposible toda duda, toda reflexión autónoma, toda crítica o contestación por parte de los ciudadanos, privándolos de las condiciones mismas de posibilidad de tales disposiciones, no solamente en el plano intelectual, sino fundamentalmente en el plano lingüístico y psicológico.

Me parece que sobre esta reflexión ha ido avanzado el trabajo del colectivo *Communes*, que nos ha regalado dos magníficos volúmenes titulados *El ABC del neoliberalismo*, y cuyo propósito, como señala Mary Luz Estupiñan en el prólogo, es revisar “los términos y las nociones que

conforman la gramática de la racionalidad neoliberal y que se han ido incorporando de manera dosificada en el lenguaje y en las prácticas cotidianas” (2016: 10). Enumero el índice solo como una invitación a su lectura. Tras el primer texto, “El lenguaje de la economía”, de Doreen Massey, los autores van deshilvanado lo que se trama en el glosario: milagro, competencia, democracia, capital humano, esfuerzo, individualismo, miedo, calidad, gobernanza, coaching. Luego, en el segundo volumen: Riesgo, oportunidades, neo-management, emprendimiento, evaluación, crédito, vulnerabilidad, sindicato, multiculturalismo, inclusión. Si es preciso hacer un ABC del neoliberalismo, si es preciso “continuar haciéndolo”, como remarcan los editores del segundo volumen, es porque en cada una de estas palabras, el neoliberalismo no solo se dice, sino que *nos dice*, nos nombra, moldea nuestras identidades, configura nuestra sensibilidad a partir de la imposición de un lenguaje común.

Pensemos, por ejemplo, en la fórmula “calidad de vida” —“expresión odiosa”, dice María Moreno, que dispone a la vida “como si fuera un producto en una góndola de súper o en un shopping” (2020: 175). Pensemos cuán lejos de esta retórica calculante —la calidad se mide por indicadores— se encuentra el significante “dignidad” que se puso en escena en la revuelta de octubre. En un hermoso libro que está a punto de publicar editorial Descontexto, titulado *Psicoanálisis de un malestar*, su autor Mario Uribe se detiene en un análisis de la palabra dignidad. Solo he tenido acceso al libro en fragmentos que me ha leído su editor, Juan Carlos Villavicencio. Espero con ansias su lectura. Pero creo que una pregunta por los usos del lenguaje neoliberal debería tensarse sobre la invocación de la dignidad como palabra, una cuya potencia es nombrar el afecto común de un pueblo que se busca. Una palabra, una frase, *hasta que la dignidad se haga costumbre*, que viene a quebrar la imagen inercial de nuestra mansedumbre o nuestro sometimiento al modo de vida neoliberal.

Vuelvo al ABC del neoliberalismo. Mary Luz Estupiñán, en el texto de presentación al primer volumen, señala lo siguiente sobre el papel del lenguaje en la conformación de un modo de vida neoliberal:

“[habrá que pensar] qué implicancias tiene el que los sujetos se estén autodenominando *emprendedores*, que ya no devengemos salarios sino rentas, que la

formación en términos universitarios haya pasado a ser la de *capital humano*, o que, sea cual sea la entidad a la cual nos dirijamos, seamos tratados como clientes y exijamos en cuanto tales. Asimismo, qué podemos concluir cuando competir por fondos se convierte en la forma predominante de acceder a ciertos beneficios públicos, cuando el lugar que ocupa una universidad en un *ranking* es el principal criterio para querer estudiar en ella, cuando la gestión está a la orden del día para capitalizar lo material y lo inmaterial. Pues todo ello no hace sino dar cuenta de que nos estamos articulando día a día a partir del orden empresarial. Entonces, el desmonte del neoliberalismo no implica sólo intervenir la estructura económico política que nos rige, sino que también pasa por desinvertir de su manto las subjetividades y las prácticas que han sido promovidas bajo este orden” (2016: 10).

Imaginé, cuando pensé en el título de esta presentación, que podía sumar un pequeño apéndice a la construcción de este diccionario neoliberal. Un apéndice que, en el escenario de la epidemia, se proponía pensar cómo esta forma de administrar el desamparo llamada neoliberalismo pone a trabajar, tanto a la fuerza anárquica de un virus (el más ambiguo de los seres de la tierra, como dice Emanuele Coccia, recordando su carácter inclasificable ente la vida química y la vida biológica), como a las palabras y números –piénsese en el *contador mortem* que nos asedia cotidianamente- con los que se construye el relato de su expansión mortífera. No avancé tanto, la tarea quedará pendiente. Pero al menos esta será una invitación a proseguir la búsqueda. En las anteriores conversaciones del ciclo -con Álvaro Hevia, Paola Chaparro y Adán Salinas-, Felipe Berríos Ayala y quienes del equipo han participado en los conversatorios han hablado de los títulos de las presentaciones como una provocación. Este título se suma al gesto. Intentaba dialogar con los desafíos que resuenan en el título de la invitación de Otro Siglo. *Crítica a la epidemiología política*.

Adán Salinas, en la primera sesión, recordaba las resonancias de la crítica a la economía política de Marx en el título del ciclo. La reactivación de esa memoria, de esos espectros de Marx, me parece fundamental, en tiempos, como dice Stiegler, en que “la filosofía de nuestra época parece haber abandonado el proyecto de una crítica de la economía política” (2018: 10). Siguiendo esa apuesta, la de pensar en una nueva crítica de la economía política, me parece que en esa crítica deberá tener espacio una reflexión sobre el lenguaje, sobre la nueva lengua del fetichismo económico. La tarea es enorme. No podré asumirla aquí, pero me parece que el ensayar algunas de sus implicancias en esta conversación nos ayuda a despejar el camino.

Vuelvo, entonces, a las reflexiones prometidas en torno al título del ciclo. *Crítica a la epidemiología política. Prácticas y racionalidad neoliberal en tiempos de pandemia*. Felipe Berríos Ayala deslizaba en el primer encuentro que algo en este título se conjugaba como un “juego de palabras” para pensar el tiempo presente. Parto entonces de ese juego del título. Primero, por lo que reconozco como su carácter lúdico –*crítica a la epidemiología política*, si dejamos vacilar el genitivo, también puede oírse como una ironía respecto de la proliferación de discursos filosóficos acerca de la pandemia-, en lo que amenaza con convertirse en la producción de un nuevo campo de disputa del saber. El título, me parece, sutilmente entra en diálogo polémico con las formas que ha adquirido el debate académico en torno a la pandemia (debate que la naciente editorial ASPO -siglas de Aislamiento social preventivo y obligatorio-, organizó en un volumen de textos titulado, no sin polémica, como la *Sopa de Wuhan*). Me imagino al equipo de Otro siglo jugando con este título, sabiendo que en el ejercicio de hablar del virus, de lo que el virus hace y deshace, corremos el riesgo de convertirnos en ampulosos *epidemiólogos políticos*, en expertos *pandemiólogos del capitaloceno*, si me permiten retrucar el juego. Capitaloceno es esa “fea palabra”, como dice Jason Moore, para nombrar esta era histórica dominada por el capital: “Sin duda, capitaloceno es una palabra fea en un sistema feo. La Era del Capitalismo no merece un apodo estéticamente agradable” (2020: 25).

Menciono a Moore porque en este término que tensiona los supuestos del concepto de antropoceno (que fue propuesto por Paul Crutzen, premio nobel de química en 2002, para nombrar una nueva *era geológica* marcada por el “lesivo accionar de la especie humana sobre el planeta”), lo que parecía ser un “juego de palabras” de Moore, acuñando la noción de *capitaloceno*, acaba convirtiéndose en una punta acerada de la crítica. Eso porque en la noción de antropoceno Moore reconoce “un viejo truco capitalista”: decir que los problemas del mundo son los problemas creados por todos, por la Humanidad en su conjunto, cuando en realidad han sido creados por el capital. De ahí que Moore defina el capitaloceno como la era configurada por relaciones que privilegian la acumulación sin fin del capital. Se trata de enfatizar el problema histórico, y por tanto político, que subyace a los modos de nombrar lo que nos pasa. De ese juego de nombres, dice Moore, depende la forma que se dará al análisis de la crisis del presente. ¿Antropoceno o capitaloceno? Esa es la cuestión.

La noción de Antropoceno, dice Moore, hace pensar a los seres humanos como separados de la Naturaleza; el dualismo es eminente; la imagen, de cuño cartesiano, es la del hombre que actúa sobre la naturaleza. Por otra parte, suprime en el análisis el papel del capitalismo. Hace que pensemos que la humanidad es una, que nuestro excepcionalismo como especie es el responsable de la catástrofe medioambiental y no la actuación del capital en la trama de la vida. Contraviniendo esa idea, Moore busca señalar con la noción de capitaloceno que es el surgimiento del capitalismo el que marca un hito en la historia de las relaciones de la humanidad con el resto de la naturaleza. Pensar el capital implica abandonar este modelo cartesiano, comprender que el capitalismo constituye un modo de organización de la naturaleza cuyas dinámicas extractivitas provocan la devastación del ecosistema planetario. La práctica que define al capitalismo, la *acumulación por apropiación*, es la que desarma cualquier inocencia respecto de la idea de humanidad que el término de Antropoceno desliza. Ante la idea de una humanidad culpable por la catástrofe medioambiental, una ecología política responde visibilizando el papel de las grandes corporaciones en este desastre. Comparto algunos datos que entrega Víctor Toledo en una nota de *La opinión*, titulada “¿Qué es el capitaloceno?”, escrita en abril de 2019:

“En 2015, la mitad de las emisiones totales de CO2 fueron responsabilidad de 10 por ciento de la población con más riqueza –700 millones de personas–, mientras la mitad de la población mundial –3 mil 500 millones– sólo generó 10 por ciento de las emisiones. Aún peor: según Oxfam, las emisiones de carbono de uno por ciento más rico son 30 veces mayores que las de 50 por ciento más pobre. Los agentes más contaminantes en la historia son las corporaciones petroleras, gaseras y cementeras... entre 1751 y 2010, tan sólo 90 corporaciones emitieron 63 por ciento del total de gases de efecto invernadero”.

Esta mención al término de capitaloceno me permite precisar mi primera mención al título del ciclo: el equipo de Otro Siglo *ha jugado con palabras*, Moore lo ha hecho también, *entendiendo* que en esta posibilidad de nombrar y renombrar se pone en liza un ejercicio crítico, cuya potencia radicaría en la posibilidad de premunirse de nuevos medios para pensar el presente. Debemos a Foucault, a su lectura de *Qué es la Ilustración* de Kant, esa pista ineludible. La crítica, dice él, introduce un punto de inflexión respecto de la *analítica de la verdad* que atravesaría a la tradición filosófica. Pues a la pregunta por las condiciones de posibilidad del conocimiento verdadero, que también se despliega fuertemente en el proyecto kantiano, habría que contraponer otra disposición, la de una *ontología del presente*, que asume *el* riesgo de implicarse en una interrogación sobre el momento histórico en el que se inscribe el ejercicio del pensamiento. Esto

implica recuperar un gesto vital en la filosofía de Kant: la crítica es un modo de ponernos en tensión, un modo de desadormilar nuestra pereza y nuestra laxitud ante las exigencias de un tiempo marcado por la turbación y en el que resulta difícil mantenerse en pie.

Entonces, al leer el título del ciclo, *Crítica a la epidemiología política*, no solo se gatilló una sonrisa por las resonancias irónicas que este podía contener. También escucho allí una exigencia que no podemos sortear. La de una invitación a pensar, esto es, a abrir nuevas posibilidades en tiempos donde todo parece puesto de través, donde las posibilidades mismas parecen cancelarse. Hay una bella expresión que utiliza Donna Haraway como título de uno de sus libros que nos puede dar pistas de lo que implica aprender a “habitar la turbación”. *Staying with the trouble*. Helen Torres lo tradujo como “Seguir con el problema”. “*Trouble* –dice Haraway en la introducción- es una palabra interesante. Deriva de un verbo francés del siglo XVIII que significa «suscitar», «agitar», «enturbiar», «perturbar». Vivimos (todos los seres sobre Terra) en tiempos perturbadores, tiempos confusos, tiempos turbios y problemáticos” (2019: 19). En medio de estos tiempos devastadores, la invitación de Haraway es a *manteneros ahí, a sostenernos en pie, a reconstruir lugares de remanso en medio de la tempestad*. En tiempos de urgencia, dice ella, “es tentador imaginar la construcción de un futuro seguro”, o inclinarnos en la pendiente apocalíptica del “ya no hay salida”. Sabemos que en la filosofía contemporánea pueden encontrarse rastros de este *pesimismo ontológico*. Diagnósticos lúcidos, pero que no dan lugar a la respiración, que lastran con el peso de la negatividad la analítica de la crisis, que sofocan cualquier intento de pensar en la posibilidad de una transformación, de introducir –como piensa Deleuze que lo hace el arte- una “pequeña diferencia”. De inventarse una salida allí donde no parece haberla. Se trata, también para Haraway, de introducir esta *pequeña diferencia*, allí donde no habrá retorno a un pasado mejor, ni podemos entregarnos a la ficción de un futuro, ya sea salvífico o apocalíptico. Por ese motivo las artes vitales nos reclaman aprender a “seguir con el problema”, mantenernos allí, aprender a *vivir con la turbación*. Sin ampulosidad, como los “bichos mortales” que somos, “entrelazados en miríadas de configuraciones inacabadas de lugares, tiempos, materias, significados” (2019: 20). Frente a los desastres de este tiempo convulso, hay una exigencia: aprender a pensar y a actuar de modo diferente, allí donde *el problema es ahora*. Donde una serie de cuestiones urgentes y dolorosas nos apremian, la tarea es aprender a vivir y a pensar en este presente, sin caer en la

tentación del futurismo. Pensar, dice Haraway, contra las “fuerzas exterminadoras” del capitaloceno no es otra cosa que aprender a vivir y morir con responsabilidad en una tierra dañada.

Entonces, abogar por la llegada de una nueva crítica, activar la pregunta por los asuntos que está *nueva crítica de la economía política* debe tocar, implica tomar posición. Consideramos que una de las nervaduras por donde debe pasar esta nueva crítica es, sin duda, el lenguaje. Habrá que acusar recibo de la torsión que el neoliberalismo imprime a la relación entre las palabras y las cosas. Por ejemplo, hemos experimentado a diario como en ese discurso se entreteje la tensión entre salud y economía. Recordemos el discurso de Piñera en mayo, en su discurso del 21 de mayo. La imagen de Arturo Prat, su papel en el relato épico de las glorias navales tan caro a la construcción identitaria de esta recta provincia llamada Chile, le sirve a Piñera para decir: “Hoy nuevamente nuestro pueblo, nuestra patria, enfrenta grandes adversidades y desafíos y también una contienda desigual. Por una parte, la pandemia sanitaria del coronavirus y, por otra, la pandemia social de la recesión. Hoy tampoco son tiempos para arriar nuestra bandera. Todos tenemos la oportunidad de mostrar nuestro sentido de grandeza y amor por la patria”.

Habrá que interrogar que se pone en juego en la imposición de la retórica bélica que se ha enarbolado en torno al virus: “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso e implacable”, dice Piñera, pero no es el único gobernante que ha declamado de esta forma. Emmanuel Macron hizo lo mismo en Francia, casi con las mismas palabras. “Nosotros estamos en guerra, en guerra sanitaria ciertamente. No luchamos contra un ejército ni contra una nación, pero el enemigo está ahí, invisible, inasible, avanzando” dice en su discurso del 16 de marzo, llamando a la “movilización general” del pueblo francés. Sin tener todos los elementos para ello, pienso que hay que detenerse en esta metáfora de la guerra, en lo que ella advierte de la gestión neoliberal de la pandemia.

La palabra «guerra» es, sin duda, una palabra estentórea, que solicita un ademán grandilocuente, que perfora el tímpano de quienes, sin buscarlo, la padecen. No se declara la guerra susurrando. “Las grandes palabras son altares en los cuales sacrificar las pequeñas vidas”, dice con extraordinaria fórmula María Pía López en su ensayo *Experiencia y narración*, que se detiene precisamente en los alcances de esta metáfora bélica que se ha adosado al virus:

“Guerra al Covid y antes guerra contra las drogas o la corrupción o, desde el campo crítico, guerra contra las mujeres. Desplazamientos de los análisis clásicos, que de

algún modo presuponen una definición y autodefinition de combatientes. La palabra no torna su contundencia irreal, sino que produce una nueva realidad, un cierto modo en que se disponen las fuerzas sociales y se prescinde de un conjunto de interpretaciones...Guerra: el llamado a ser un solo cuerpo para triunfar” (2020: 40).

La palabra guerra es el llamado del cuerpo unitario, como si en este contexto amenazante se nos señalase que la sobrevivencia pende necesariamente de la afirmación de una única racionalidad. Y no debemos olvidar el acierto foucaultiano: el neoliberalismo no es una mera ideología, ni una teoría económica, es ante todo una racionalidad política. Nos llaman a la guerra como forzándonos a reconocer lo imposible que es estar por fuera de un mundo neoliberalizado.

Me parece que también habría que reparar en el discurso de la austeridad; discursos “austeritarios”, los llama un dossier de la revista francesa *Langage et société* (2029), que serían propios del neoliberalismo, y que se han levantado por doquier durante la pandemia. Un ejemplo de ello es la declaración de la ministra del ministerio de las culturas, Consuelo Valdés, contra el que se ha levantado el mundo de la cultura en Chile, agrupados en la UNA, La Unión nacional de artistas. En una entrevista, la ministra señaló que lo ideal sería que la partida alcanzara un uno por ciento, sin embargo, sostuvo que “hay que ser realistas”. “Estos recursos no pertenecen al Ministerio ni al Estado, son recursos de todos los chilenos. Y un peso que se coloque en Cultura es porque se deja de colocar en otro programa o necesidad de los ciudadanos del país”. Este “No” a la cultura es un episodio más de una guerra sobre el virus que se despliega sobre nuestros cuerpos sitiados.

Contrarrestando esa inclinación a convertirnos en consumidores proletarizados, a expandir la miseria simbólica que sostiene al orden neoliberal, habrá que imaginar y pensar nuevas formas de decir lo *común*, en términos de lo que es irreducible o que al menos resiste el impulso privatizador, individualizante, de estas biopolíticas del capital. Dejo resonando, entonces, para concluir estas reflexiones tentativas sobre los usos del lenguaje neoliberal, la brillante fórmula del *Manifiesto a favor del ritmo* de Henri Mechnic: “si una forma de vida transforma una forma de lenguaje, [habrá que pensar] recíprocamente si una forma de lenguaje transforma una forma de vida”.

Referencias

- AA.VV. (2016). El ABC del Neoliberalismo. Viña del Mar: Asociación Communes.
- Bihr, Alain (2007). *La Novlangue neoliberale La rhétorique du fétichisme capitaliste*. Lausanne: Editions Page deux
- Celan, Paul (1993). “Discurso de Bremen”. En *Nombres. Revista de Filosofía*. Año III, n° 3, septiembre.
- Guilbert, T., Lebaron, F. & Peñafiel, R. (2019). Introduction. Discours austéritaires et discours néolibéral. *Langage et société*, 166(1), 9-29. <https://doi.org/10.3917/ls.166.0009>
- Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.
- López, María Pía (2020). “Experiencia y narración”. *Revista La Biblioteca. Dossier especial. Historia del virus. Epidemia, literatura, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Moreno, María (2020). “El conteo”. *Revista La Biblioteca. Dossier especial. Historia del virus. Epidemia, literatura, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Moore, Jason (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación del capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Stiegler, Bernard (2010). *For a new critique of political economy*. Cambridge: Polity Press.
- Sztulwark, Diego (2020). “El virus, la filosofía y el Estado fuerte”. *Revista La Biblioteca. Dossier especial. Historia del virus. Epidemia, literatura, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Villazón, Emma (2016). *Temporarias y otros poemas*. Santiago: Das Kapital.